

## **La teoría de la seducción generalizada y la práctica Metas del proceso analítico**

*Conferencia del Profesor Jean Laplanche  
28/10/97*

La formulación propuesta para esta conferencia: “Metas del proceso psicoanalítico”, merece una particular atención. Ella nos permite plantear desde la partida una distinción esencial entre las metas que uno podría desear asignarle, en cierto modo desde el exterior, al análisis, y las metas que se desprenden del propio proceso. Una distinción que reviste especial importancia por estar, en nuestros días, cada vez más oculta.

La actualidad de este tema nos impulsa a detenernos un poco más sobre esta situación, en que el analista sería considerado como un especialista al que uno se dirige para proponerle una meta precisa, extrínseca al proceso de análisis.

Freud ha descrito esta eventualidad en sus comentarios, con respecto a su “caso de homosexualidad femenina”. La paciente llega derivada a Freud por su padre, con la esperanza de librarla así de su perversión. A falta de un resultado analítico –respecto del cual el padre se muestra hartó escéptico–, y cito: “un matrimonio rápido debería despertar los instintos naturales de la muchacha y sofocar sus inclinaciones no naturales”.

Freud menciona dos eventualidades más: la del marido que envía a su mujer irascible al análisis, con el fin de devolverle la paz al hogar, o la de una pareja de padres que “reclaman que le devuelvan la salud a su hijo de temperamento nervioso y rebelde”.

Bien conocemos las dificultades que plantean estos casos: análisis por iniciativa de la familia o de la autoridad judicial: niños, psicóticos, delincuentes, etcétera.

El aspecto grosero, y hasta caricaturesco, de las situaciones aludidas, podría sin embargo enmascarar este hecho contemporáneo: el peligro de una generalización de lo que podríamos llamar “psicoanálisis por encargo”. La demanda social de atención psicológica, que se ha vuelto casi universal, se apoya por un lado en el colega médico, que deriva el paciente al analista y espera de ese modo la cura de determinada “enfermedad”, y por otro lado y sobre todo, por la intromisión constante de los

organismos de salud social. No satisfechos con pagar el tratamiento, éstos tienen el “mal gusto” de exigir resultados precisos. De ese modo, se introduce la presencia permanente de un tercero en el análisis, con la exigencia de informes periódicos, cómputo del número de sesiones y eventual amenaza de interrupción del reembolso de los servicios.’

Al igual que el marido del que hablábamos hace unos minutos, que de hecho pedía que le “curaran” su matrimonio, la sociedad pide que la curen de sus neuróticos.

Pero antes de abandonar este extensísimo ámbito del psicoanálisis por encargo, no puedo dejar de mencionar una de sus formas más dañinas: lo que corrientemente se designa como “análisis didáctico”. La crítica radical ya formulada por Anna Freud no ha impedido que las instituciones analíticas formulen esta demanda: que se les confeccione, mediante el análisis, una personalidad conforme a sus deseos. No me embarcaré en un examen detallado de las contradicciones que entraña esta práctica frente a un auténtico proceso analítico.

Para definir rápidamente la situación del análisis didáctico, digamos que en el análisis de niños, la madre espera a veces en la sala de espera; ahora bien, un verdadero análisis sólo puede instaurarse cuando –simbólica y hasta realmente– le cerramos la puerta. En la situación didáctica, la madre institución sigue estando presente, simbólicamente, con todo su peso, en la sala de espera y no hay denegación posible que pueda lograr que así no sea.

Freud prefiere –y nosotros con él– que el sujeto se dirija a nosotros “por su propio impulso”.

Cabe sin embargo agregar lo siguiente, desde el punto de vista del tema que nos ocupa: esta aparente espontaneidad no significa en modo alguno que debamos adherir a las metas que se traza el paciente, tal como las expresa en su demanda. De tales metas, por lo menos en su formulación explícita, es nuestro deber desconfiar.

La abolición –o por lo menos, la ubicación en un segundo plano– de las representaciones de meta conscientes, forma parte integrante de la norma fundamental, aún cuando ésta no sea sino un ideal imperfectamente alcanzado. Pero el análisis exige, por parte del propio analista, el mismo tipo de ascesis o la misma distancia con relación a las metas que el propio analista podría entrever. Ello se aplica desde la primera entrevista, y hasta la última. Entre las negativas que debe imponerse a sí mismo figura, en buena posición, la desconfianza con respecto a las metas adaptativas concretas que podría imaginar. El analista desconfía también de la idea de curación, una idea que los propios médicos han relativizado, abandonando la concepción de una “*restitutio ad integrum*”, en favor de una nueva relación de las fuerzas en presencia.

Temo que no podamos ir mucho más adelante, en la medida en que consideramos las metas con independencia del *proceso* mismo. Pero de éste, ¿qué podemos decir? Como sabemos, Freud siempre lo remite a la metapsicología.

Las formulaciones han variado. La última fórmula, la más inspiradora en su apertura, es seguramente el: *wo Es war, soll Ich werden*, al cual conviene añadir el comentario siguiente: “Es un trabajo cultural como por ejemplo, la desecación del río Zuydersee”.

Por último, la frase de Freud tiene el mérito de plantear un “deber” inherente al proceso mismo. Pero a nosotros nos corresponde hoy volver a examinar esta cuestión, con nuestros propios recursos.

En consecuencia, nuestra tesis será doble:

- En primer lugar, la meta del proceso sólo se concibe a partir de una explicitación de lo que es la cura; en ningún caso el proceso podría quedar subordinado a una meta propuesta desde el exterior. Los principales elementos que deberemos explicitar aquí son, por un lado, la *situación* analítica, generadora de transferencia, y por otro lado, el *método* con sus dimensiones asociativa-disociativa por una parte, e interpretativa por la otra.

- En segundo lugar, la cura no está en una posición secundaria, sino en una posición primera, con respecto a la metapsicología. No en razón de una suerte de pragmatismo que podría enunciarse del modo siguiente: “primero hacer, y luego justificar lo que se ha hecho”, sino porque la cura (situación + método) es una invención, la contribución por parte de Freud de algo radicalmente nuevo; una novedad respecto de la cual pretendemos mostrar que tiene su fuente en algo sumamente antiguo, en lo propiamente originario del ser humano.

Además, la invención de la práctica analítica corre de hecho paralela con la invención de una primera teoría: la teoría de la seducción. Y hasta puede afirmarse que Freud no estaba lejos, por un único y mismo “aletazo” de alcanzar esos dos ámbitos a la vez. El abandono de la teoría de la seducción le impedirá poner en evidencia la relación estrecha entre las dos invenciones, dejándonos abierta esa tarea: la puesta en relación entre lo originario de la cura y lo que se halla en el origen en la existencia humana.

De esta forma llegamos a retomar la teoría de la seducción de Freud, pero teniendo en cuenta cierto número de conceptos que, desde hace ya decenios, proponen dimensiones nuevas para reflexionar sobre el proceso analítico. Intentaremos darle todo su peso a términos como lenguaje-mensaje-traducción-simbolización y, finalmente, hermenéutica.

Hoy partiremos del término *hermenéutica*, una palabra usada a menudo –en nuestra opinión, de manera criticable– para describir el proceso analítico. La mayor parte de las actividades hermenéuticas corrientemente descritas se relacionan con situaciones segundas. Más allá de esas hermenéuticas derivadas, lo que postulamos es una hermenéutica fundadora: la situación originaria de alguien que debe interpretar, dar sentido a “lo que le sucede”.

Pero lo que le sucede no es realidad bruta. Ni siquiera es –como lo plantea Heidegger–, un “ser-*allí*” (*Dasein*) o un “ser-arrojado”. Se trata de mensajes que parten del adulto y van dirigidos al pequeño ser humano.

En lugar de invocar una supuesta actividad hermenéutica del analista, habrá que decir entonces: el primer hermeneuta, el hermeneuta originario, es el ser humano. Lo que él tiene que traducir, son mensajes, y la pregunta es: ¿qué es eso que me llega? ¿Cómo dominarlo, apropiándomelo mediante una traducción?

Sobre este punto de partida, podemos referirnos a las primeras páginas del texto de Freud titulado “*Sobre las teorías sexuales infantiles*”. Freud cita dos grandes enigmas del mundo adulto, a los cuales se ve enfrentado el niño: la diferencia de los sexos, y la llegada de un hermano o hermana menor. Pero hay muchos otros mensajes, más originarios: aquellos que tienen como portador el seno, o también los que se transmiten con los primeros cuidados y atenciones corporales.

Aquí debo extenderme algo más sobre la disimetría adulto-bebé, que yo introduzco con las palabras: “lo que me llega”. Una disimetría que está en contradicción aparente con las ideas corrientemente admitidas sobre la interacción y la reciprocidad. No niego la idea de reciprocidad, pero con la condición de que se delimite el campo de su validez en forma precisa. La relación primigenia entre el pequeño ser humano y su madre es una relación en el sentido pleno del término, constituida por las comunicaciones y los afectos más variados. Una relación rica, en parte programada genéticamente, y que los psicoanalistas cometieron el error durante mucho tiempo, siguiendo en esto a Freud, de reducir a un mero aporte de alimentos. El término “autoconservación”, sobre el cual Freud insiste, no es incorrecto para describir este ámbito, pero induce equivocadamente una negación de la dimensión afectiva.

Ahora pasaré a la cuestión de la disimetría, que no es menos esencial que la reciprocidad. El psicoanálisis nos ha enseñado que el adulto está habitado por un ello inconsciente, que el mismo es sexual (o sexual agresivo) y que está formado por representaciones y fantasías que infiltran los comportamientos. Pero desde la

perspectiva del bebé de pecho, nada nos permite afirmar que tenga desde el inicio fantasías y un inconsciente (y ni siquiera un yo).

Ahora bien: en el curso de la relación adulto-niño, la experiencia nos muestra que las fantasías sexuales más antiguas vuelven a movilizarse en el adulto por la aparición de ese pequeño ser, ese otro yo mismo, tal como yo mismo era antaño, entregado a los cuidados corporales más deliciosos y tal vez, más perversos.

La relación se establece entonces en un doble nivel: el nivel del vínculo autoconservativo, recíproco, constituye la base de la comunicación. Pero en el ser humano, esta base autoconservativa está desde el principio habitada, infestada, parasitada por una comunicación que se produce en una única dirección: del adulto hacia el niño. Lo que nosotros denominamos “mensajes enigmáticos” son los mensajes dirigidos por el adulto hacia el niño, mensajes que quisieran ser puramente autoconservativos: quiero alimentarte, cuidarte, etc., pero que están “comprometidos” (en el sentido freudiano del término) por la intromisión de fantasías sexuales. Yo te alimento pero –inconscientemente– te meto, te hago engullir comida, en el sentido sexual de la intromisión.

Digamos entonces que el ser humano está originariamente en una situación de pasividad, y en posición de hermenauta. Pero esta hermenéutica fundamental no es una hermenéutica de la situación y de la facticidad: es una hermenéutica del mensaje.

Permítasenos destacar la radicalidad de esta situación: el ser humano, desde el punto de vista sexual, está centrado desde el inicio en el otro, gravita en torno al otro: eso es lo que yo llamo un *copernicanismo* fundamental. Pero, por otra parte, no se da tregua hasta restablecer una situación de dominio, o de pseudo-dominio, desde la cual podría considerarse como centro y origen: el movimiento *ptolomeico* no es menos importante que el copernicanismo de partida, contra el cual constituye una defensa.

De manera esquemática, puede entonces afirmarse que la constitución del aparato anímico –ante todo, la división entre un ello y un yo– es fundamentalmente un resultado de ese proceso de traducción. El yo integra lo que puede ser traducido y puesto en forma en los mensajes sexuales del otro. Lo que no puede ser traducido, el residuo de la traducción, constituye el ello inconsciente. Este escapa a la ligazón y se transforma en lo sucesivo en polo de desligazón.

No perdamos de vista la fórmula inicial de nuestro “deber” (*sollen*): *wo es war, soll Ich werden*. Ahora podemos agregarle esta puntualización esencial: el yo y el ello aludidos no son dos entidades de orígenes diferentes: una supuestamente de origen biológico, y la otra racional o cultural. El yo y el ello se constituyen, en el inicio, con un

único y solo movimiento: el yo engloba lo que, a partir del mensaje sexual del otro, puede ser traducido, integrado, a una historia más o menos coherente. El ello es lo que permanece rebelde toda la traducción.

Mediante el proceso de represión, la alteridad psíquica ha cambiado radicalmente de lugar: en la relación copernicana inicial, lo que se cuestionaba era la relación con la otra persona. Una vez que el sistema psíquico se cierra sobre sí mismo, con la constitución del yo como instancia, la alteridad se vuelve interna: el ello se convierte en *das Andere*, el otro por excelencia, pero un otro interno.

No entra en mi propósito describir con mayor detalle las modalidades del conflicto, normal o neurótico. Solo quisiera insistir sobre el punto siguiente: ese conflicto surge desde ahora en el área ptolomeica, la del “aparato anímico” descrito por Freud. Además, a diferencia de la situación originaria, el yo no está ya en presencia de mensajes “que deba traducir”, sino de restos cosificados.

Los fantasmas inconscientes no se presentan como algo que “deba ser traducido”, sino como algo que debe “ser cumplido”, “ser ejecutado”. La alteridad del otro externo, a pesar de su extrañeza, se presentaba bajo la forma de la comunicación, y mediante el lenguaje, aún cuando éste no fuera inicialmente más que un lenguaje gestual. La alteridad del otro interno, el ello inconsciente, se manifiesta como una formación sustitutiva, mediante el desplazamiento y la condensación, ajenas a toda intención comunicativa.

Para concluir, no puedo sino confesar que el conflicto psíquico, una vez constituido, ofrece muy pocas perspectivas de una verdadera resolución espontánea, o incluso de un progreso. Está destinado por lo general, incluso bajo formas enmascaradas, a la compulsión de repetición: repetición de las formas de satisfacción sustitutiva, repetición de los mecanismos de defensa.

Todo este largo trayecto era necesario para desembocar en el proceso analítico. Con la siguiente constatación, desde el arranque: si la cura no hiciera sino poner en juego las mismas fuerzas que están actuando espontáneamente en el ser humano, con un aparato psíquico constituido, donde la ligazón se establece entre un yo y un ello en el recinto “ptolomeico” del yo, no vemos bien con qué recursos podría contar para poner en marcha un verdadero cambio. Las traducciones antiguas, los planes de vida (ya sean caóticos o rígidos), los mitos y las ideologías de cada persona pesan, con todo su peso, sobre una existencia constituida.

Retomemos entonces la pregunta: ¿en virtud de qué loca y utópica esperanza podríamos creer que el análisis pudiera hacer otra cosa que reorganizar localmente un

juego de fuerzas constituido desde las primeras represiones y desde la constitución de la oposición ello-yo? ¿Por qué medios podría devenir el “yo”, allí donde era el “ello”, si la constitución de las dos instancias es, como lo dijimos, complementaria, y si el inconsciente es lo que desde el principio ha escapado a la puesta en mito por el yo?

Mi idea es que la práctica inaugurada por Freud tiene como significación latente, y por consiguiente, por meta, reactivar el conflicto originario copernicano, el que dio nacimiento al juego de fuerzas secundario y al conflicto derivado, que luego se establece entre el yo y su otro interno. Esta reinstauración de la situación originaria se hace principalmente por dos medios:

- primero, la situación analítica y la transferencia que es su producto;
- segundo, el análisis, como método de destrucción.

Desde nuestro punto de vista sobre la transferencia, ésta no puede reducirse a una repetición pura y simple de las relaciones con tal o cual tipo de objeto infantil, repetición que por otra parte comprobamos constantemente en la vida cotidiana.

A esta transferencia, que está en cierta forma obturada y bloqueada por aquello mismo que repite –y que nosotros denominamos “transferencia plena”– le oponemos una reinstauración, no ya de la relación con tal o cual objeto particular, sino de la relación con el propio enigma. Esto que se designa –de manera bien anodina– con el término de “neutralidad”, debe concebirse como la capacidad del analista para suscitar y sostener esta situación en la que el otro (el analista) *supuestamente* posee la verdad del sujeto. Allí se reproduce la situación adulto-niño, pero con una diferencia esencial, y es que el analista debe guardarse de llenar –a su vez– la transferencia con sus propios mensajes comprometidos por su inconsciente. Lo que se llama –de un modo muy discutible– “contratransferencia” y “dominio de la contra-transferencia” no puede ser otra cosa que una relación muy particular del analista con su propio inconsciente, con su propia alteridad.

Lo que yo llamo “transferencia en vacío”, es decir, una transferencia que no ha sido llenada por tal o cual imago aparatosa e inexpulsable, es entonces una reinstauración de lo que podría designarse como “transferencia originaria”; en efecto, si la transferencia se caracteriza por un desdoblamiento del otro, y por así decirlo, por la presencia de la alteridad en el otro, la situación originaria niño-adulto puede ya ser designada en ese sentido como una situación transferencial.

Nos resta hablar del segundo elemento, al lado de la situación: precisamente, el análisis. Porque si la situación es el lugar donde se reactiva el trabajo de la relación con los enigmas que provienen del otro, ese trabajo sólo puede efectuarse por medio de una

desconstrucción, de una destrucción de los mitos e ideologías por cuyo intermedio el yo se ha construido, para hacer frente a esos enigmas. En eso consiste precisamente el trabajo analítico, ligado con el método de libre asociación, que también podría llamarse de libre disociación. No me es posible entrar en mayores detalles, pero desearía subrayar algunos puntos:

Ese trabajo común del analista y el analizado no debe ponerse al servicio de concepciones preestablecidas, aún cuando formaran parte del arsenal de las teorías psicoanalíticas (castración, Edipo, posición depresiva, etc.).

Ese trabajo se aplica ante todo, a las autoteorizaciones propias del yo del sujeto. Los elementos inconscientes (no integrados por el yo) sólo pueden ser ubicados por inferencia. Las “construcciones en el análisis” de las cuales habla Freud, son ante todo reconstrucciones de los procesos de represión antiguos, es decir, *construcciones defensivas* elaboradas por el sujeto en el pasado. En tal sentido, se trata de etapas que deben ser analizadas a su vez, hasta poder acercarnos lo más posible –sin alcanzarlos nunca– a los mensajes originarios.

Este trabajo de destrucción progresiva, o por capas sucesivas, se acompaña siempre por el movimiento inverso. Porque debemos tener siempre presente que el propio yo, según lo expresa Freud, está movido por una compulsión de síntesis, en función justamente del peligro de desestructuración reactivado por el análisis. Podríamos decir incluso que esta fuerza de síntesis constituye la tendencia reparadora propia del movimiento específicamente “psicoterapéutico”.

No es tarea del analista –exceptuando los casos clínicos, donde la síntesis espontánea es manifiestamente deficiente– proponer por sí mismo esquemas o bosquejos de retraducción, ni los esquemas psicoanalíticos clásicos, ni ningún otro. En ese sentido, el psicoanálisis por su esencia sigue siendo una “anti-hermenéutica”, ya que el único hermeneuta, el que da un sentido más o menos adecuado, pero siempre pese a todo inadecuado, es siempre el propio ser humano.

Al llegar a este giro de nuestra exposición, retomemos una vez más la fórmula de Freud: *wo Es war, soll Ich werden*, a la cual le aportamos las modificaciones siguientes:

El yo no es una instancia definitiva. Se construye *contra* alteridad fundamental, mediante la puesta en sentido (traducción) y mediante las identificaciones. Pero el ello mismo no es una instancia originaria; es por el contrario, el residuo de un proceso que ha deja de lado elementos no traducidos.

En consecuencia, el deber que constituye la meta del análisis, no es una conquista de un ello antediluviano por parte de un yo autónomo. Es más bien un intento de



reactivación del proceso originario, en el cual el otro a “conquistar” no era el otro interno inconsciente, sino el otro externo, fuente de los mensajes enigmáticos.

Finalmente, podríamos definir la meta del proceso como una nueva tentativa de estructuración del yo, una nueva traducción que intenta dar cuenta mejor, reapropiándose de una nueva forma, de los elementos hasta aquí excluidos.

Mi última reflexión, sin embargo, será la siguiente: por más ambiciosa que sea la meta así definida –una reactivación del proceso originario– no debe escapársenos que éste reviste finalmente un aspecto “ptolomeico”. Por más abarcadora que sea, la nueva unidad del yo se cierra obligatoriamente sobre una nueva versión del ello como otro interno.

¿Habría acaso que pensar que un cierre ptolomeico, y a fin de cuentas, narcisista, constituye la meta última, con respecto a la cual la cura misma no sería más que un episodio de reestructuración fecundo, pero transitorio?

La experiencia nos indica, empero, que no siempre es así. La dimensión de la transferencia, una vez despojada de su aspecto de engaño puramente proyectivo, nos aparece en toda su verdad, como transferencia en vacío, es decir, como reiteración de la relación con el otro como mensajero de enigmas. En ciertos casos, esta apertura –esta herida– de la transferencia puede encontrarse a su vez transferida fuera de la cura, en una relación de dirección hacia el otro y de vulnerabilidad por inspiración del otro, que es lo propio de los creadores, cosa que se aplica a cualquiera de los campos de la creación, aún los más modestos. Esta eventualidad requeriría, a su vez, largas explicaciones.

- En primer lugar, muchas veces se ha preconizado la continuación del análisis como auto-análisis, en particular, en el ejercicio de la profesión de analista. Lo que estoy diciendo aquí que puede ser considerado como una modalidad, pero muy singular, de esta prolongación. Deberíamos agregar que se trata de mantener la herida por el otro. Si Ferenczi pudo reprocharle a Freud no haberlo inmunizado contra nuevas experiencias traumáticas, es porque no fue capaz de ver toda la fecundidad de lo “nuevo” que proviene del otro.

- En segundo lugar, hacia el final del análisis, el analista debe percibir el movimiento de esa *transferencia de transferencia*, y eventualmente, captarlo y hasta aceptarlo. Una desconfianza justificada con relación a la “transferencia lateral” –cuando viene a entorpecer el trabajo analítico– debe conjugarse con una actitud de aceptación lúcida referida a la transposición y a la prosecución, desde afuera, de la relación copernicana.

• Por último, la definición del ámbito cultural, tomada en el sentido amplio, no puede válidamente prescindir de las nociones de mensaje, dirección y enigma. El mensaje del “creador”, hasta el más modesto, se define por el hecho de que su dirección no apunta a una única persona, en la cual habría de producir determinado “efecto”: es potencialmente infinita, está abierta a la recepción enigmática por un público “diseminado en el futuro”, según la expresión de Mallarmé.

Por último, sería preciso repensar toda la noción de sublimación. Según la perspectiva habitual, tanto en Freud como en Melanie Klein, la sublimación sigue siendo una construcción ante todo ptolomeica, secundaria, destinada a domesticarla extranjería de la relación con el otro.

Es aquí donde cabría darle nuevo valor a una antigua noción como la de “inspiración”, que corresponde a una suerte de presentimiento del carácter copernicano de la creación cultural. Gracias.

**Descriptores: PROCESO PSICOANALÍTICO / SEXUALIDAD**